

J U D I T

E . S C R I B E

Libros Tauro

¡Qué hermoso es el teatro de la Opera de París! Hermoso, sí, prescindiendo de las maravillas que ostenta a nuestra vista, de la gracia aérea de la Taglioni, del encanto mágico de la Elssler, del admirable talento de Nourrit, el Talma de la tragedia lírica, tampoco hablaré de las deliciosas armonías de Meyerbeer, honor de la Alemania, de los cantos graciosos e inagotables de Auber, el primero de nuestros compositores; si no tuviera la desgracia de ser nuestro compatriota. Dejo a un lado la ilusión de las decoraciones, de los trajes y del baile; finalmente, no quiero hablar del escenario de la Opera, sino del foro.

Este es otro espectáculo no menos curioso y brillante. Mirad en torno vuestro y si en esa noche tenéis tiempo para observar, si estáis de buen humor,

si no habéis perdido vuestro dinero en la Bolsa o escuchado un mal discurso en la Cámara, si vuestra amante no os ha engañado o si vuestra mujer no os ha armado alguna camorra, si habéis comido bien con personas de talento o mejor todavía con un par de amigos verdaderos, colocaos en la orquesta de la Opera; volved vuestro antejo, no del lado de los bastidores, sino del lado del anfiteatro y principalmente de los primeros palcos... ¡Qué variedad de cuadros animados! ¡Cuántas escenas cómicas y cuántas, sobre todo, dramáticas!

Y advertid que no quiero que salgáis del, observatorio en que acabo de colocaros, porque, ¿qué sería, si abandonando vuestro asiento de orquesta y asiéndoos del brazo de un amigo, os coláis hasta la sala de descanso de la Opera? Allí no podréis dar un paso sin tropezar con una ambición o un ridículo, sin rozaros al pasar con un diputado, con un hombre de Estado de hoy, un ministro de ayer, una reputación de la semana, un orgullo de todos los tiempos; y más allá, alrededor de la ancha chimenea, un personaje de guantes amarillos que refiere sus excursiones de la mañana y sus desafíos en el bosque de Bolonia; un periodista orador que recita en su conversación su folletín del siguiente día; un pi-

saverde que vive a expensas de una cómica y la paga con elogios, otro *quídam* que se arruina por ella y se cree obligado a enumerar todas sus perfecciones, como para justificar ante los ojos de sus amigos el empleo que da a sus fondos; todo ese ruido, toda esa algarabía, toda esa confusión de amores propios y pretensiones, suministrarían materia para escribir cien volúmenes, y yo no quiero contaros sino una historieta.

Una noche, si mal no me acuerdo, a fines del año de 1831, bailaba la Taglioni; acudió a verla una inmensa multitud: los curiosos estaban escalonados sobre las gradas y taburetes de reserva que había proporcionado el acomodador de la orquesta; formaban una especie de atrincheramiento o barricada que no sin trabajo pude salvar en medio de la quietud y del silencio de los aficionados cuyo placer turbaba bien a pesar mío, porque cuando baila la Taglioni, no solamente se la mira, sino que reina el más profundo silencio. ¡Todos escuchan! ¡Parece que los ojos no bastan para admirar!

Hallábame en una situación embarazosa, de pie al lado de algunos amigos que me habían llamado, pero que demasiado oprimidos ellos mismos, no podían hacerme lugar, cuando un joven se levanta y

me ofrece el suyo, que rehusé, como debéis suponer, no queriendo privarle del placer de asistir cómodamente al espectáculo.

-Usted no me priva de placer alguno, me dijo, -iba a salir.

Acepté entonces, dándole las más expresivas gracias, y a tiempo de marcharse mi generoso vecino, echó una mirada al teatro, detúvose un instante y volviendo la espalda al palco del general Clapanède, parecía buscar algo con los ojos; después, cayendo de repente en una profunda meditación, ya no pensó en marcharse.

Tenia razón en decir que no le privaba del espectáculo; porque, volviendo la espalda a la escena, no viendo nada, ni oyendo nada, parecía haber olvidado enteramente el sitio donde estaba. Entonces me puse a examinarlo despacio; era imposible ver una fisonomía más expresiva, más hermosa y más distinguida. Vestido con elegante sencillez, todo en sus maneras y en sus menores movimientos, era noble y de buen tono.

Parecía tener de veinticinco a veintiocho años; sus grandes ojos negros estaban constantemente fijos en un palco segundo, que miraba con una expresión de tristeza y de desesperación indefinible.

Involuntariamente volví la cabeza en la misma dirección y vi que aquel palco había quedado vacío.

-Sin duda esperaba alguna persona que no ha venido -me decía a mi mismo;- le habrá faltado a la palabra... o estará enferma... o tal vez algún marido celoso la habrá impedido venir... ¡Y él la ama!... ¡Y él la espera! ... ¡Pobre joven!...

Y yo esperaba como él, y le compadecía y hubiera dado un mundo por ver abrir aquel palco que permanecía constantemente cerrado.

El espectáculo iba a concluir, y durante dos o tres escenas en que los primeros bailarines no bailaban y se conversaba casi en alta voz, muchos, como hubieran podido hablar de otra cualquier cosa, pusieron a hablar de *Roberto el Diablo*, que a la sazón se ensayaba y que debía ponerse en escena dentro de pocos días: mis amigos me hicieron varias preguntas sobre la música, sobre los bailes, sobre el acto de los monjes, y todos me suplicaron que los llevara a los últimos ensayos. ¡Es una cosa tan curiosa e interesante para las gentes de mundo un ensayo en el teatro de la Opera! Prometíles que así lo haría y todos nos levantamos para salir, porque acababa de caer el telón, y como me hallase al lado de mi desconocido, que continuaba inmóvil en el mis-

mo sitio, le expresé mi sentimiento de haber aceptado su oferta y el deseo de poder corresponder a tan señalado favor.

-Nada más fácil para usted - me dijo: - acabo de saber, caballero, que es usted el señor de Meyerbeer.

-No tengo ese honor.

-En fin, usted es uno de los autores de *Roberto el Diablo*.

-Nada de eso: he compuesto la letra.

-Pues bien, permítame usted, caballero, asistir al ensayo de mañana.

-Como todavía no es el ensayo general no me atrevo a convidar sino a mis amigos.

-Una razón más para que yo insista.

-Y yo recibo en ello una particular satisfacción.

Me apretó la mano y nos citamos para el siguiente día.

Fue puntual. Mientras esperábamos que principiase el ensayo, nos paseamos algunos instantes por el escenario. Hablábame de una manera grave y, sin embargo, amable y graciosa; pero era fácil conocer que hacía grandes esfuerzos para sostener la conversación y que algún otro pensamiento le dominaba. Nuestras lindas bailarinas y cantarines iban llegando poco a poco. Muchas veces le vi temblar y

momentos hubo en que fue tal su emoción que tuvo que apoyarse contra un bastidor. Creí entonces adivinar que desgraciadamente estaría enamorado de alguna de nuestras deidades, suposición que su edad y su fisonomía hacía poco verosímil. En efecto, yo me engañaba. A nadie habló, a nadie se aproximó y a nadie conocía.

Principió el ensayo. Le busqué en la orquesta entre los aficionados, pero no le hallé, y aunque el teatro estaba escasamente alumbrado, me pareció distinguirlo en el palco de enfrente que contempló la víspera con tan profunda emoción. Y como quisiese cerciorarme al fin del ensayo, después del admirable terceto del quinto acto, subí a los palcos segundos. Meyerbeer me acompañó. Llegamos al palco cuya puerta estaba entreabierta y vimos al desconocido con la cabeza oculta entre las manos. Al entrar nosotros, volvióse de repente y se puso en pie: su semblante pálido estaba cubierto de lágrimas. Meyerbeer temblaba de gozo, y sin decirle una palabra, le apretó afectuosamente la mano, como dándole las gracias. El desconocido, tratando de reponerse de su turbación, balbuceó algunas palabras de agradecimiento y elogios tributados de una manera tan vaga y general, que conocimos claramente que no

había oído la pieza y que hacia dos horas pensaba una cosa muy distinta de la música. Meyerbeer me dijo al oído con desesperación:

-El desdichado no ha oído ni una nota.

Bajamos los tres por, la escalera del teatro y al atravesar el hermoso y vasto patio que conduce a la calle Grange-Batelière, nuestro desconocido saludó al señor Sausseret, empleado en el despacho de billetes.

Pregunté a este sujeto si conocía a aquel joven, y me contestó:

-No sé más sino que se llama el señor Arturo, y que vive en la calle de Helder, número 7. Ha alquilado para este invierno un palco segundo de frente.

-¿El que ocupa ahora mismo!

-Sí, señor, el que ocupa de día, porque por las noches siempre está el palco vacío.

En efecto, en toda la semana no se abrió la puerta; el palco permaneció desierto y nadie se presentó en él.

Aproximábase, entretanto, la primera representación de *Roberto* y en tales días un pobre autor se ve abrumado de peticiones de palcos y billetes. ¿Creeréis, sin duda, que tiene tiempo de pensar en su pieza y en lo que deberá quitar o añadir en

ella? Nada de eso. Es menester que conteste a las cartas y a las reclamaciones que de todas partes recibe, y las damas, sobre todo, son en ese día las más exigentes.

-Debía usted haberme reservado dos palcos y sólo he obtenido uno.

-Me había usted prometido un billete de primera fila y me ha dado usted uno de segunda.

-Me había usted prometido el número 10 al lado del palco del general, y me ha dado usted el número 15 al lado del de la señora D*** que no puedo tragar y que a todo el mundo carga con sus diamantes.

Un día de primera representación es un día en que se enfada uno con sus mejores amigos, quienes consienten en perdonar a usted algunos días después, si ha obtenido un buen éxito, pero que no hacen las paces en mucho tiempo si el resultado ha sido malo; de manera que queda uno mal con ellos y con el público. Jamás viene una desgracia sola.

En la mañana de la primera representación de *Roberto* tuve la desgracia de prometer a unas damas un palco, y digo que tuve la desgracia porque no conté con la huésped, esto es, con el director que dispuso de él para darlo a un periodista, y como le expresara mi justa queja, me contestó :

-Lo he dado a un periodista. ¿Comprende usted? un periodista... ¡que aborrece a usted!... pero que merced a este acto de política, hablará bien... de la música.

El argumento no tenía réplica, y sobre todo, el palco estaba ya dado. ¿Pero dónde colocar a mis lindas damas, cuyo enojo era por otro estilo para mí mucho más terrible que el del periodista?... Acorde-me de mi desconocido y pasé a verle.

Su habitación estaba modestamente amueblada, demasiado quizá para un hombre que alquilaba en el teatro de la Opera un palco por un año.

-Caballero - le dije, - vengo a pedirle un gran favor.

-Hable usted.

- ¿Piensa usted asistir a la primera representación de *Roberto*.... en su palco?

Me pareció que se turbaba... y me contestó vacilando:

-De buena gana iría pero no puedo.

-¿Ha dispuesto usted del palco?

-No, señor.

-¿Quiere usted cedérmelo? Me sacará de un gran embarazo.

El suyo aumentaba por instantes; no se atrevía a negarme el favor que le pedía... Al fin, violentándose a sí mismo, me dijo:

-Consiento, pero con la condición que no ha de llevar usted al palco más que hombres.

-Precisamente exclamé,- se lo pido a usted para unas damas.

Guardó silencio por un instante.

-¿Entre esas damas hay alguna a quien usted ame?

-Sí, señor - le contesté con prontitud.

-En ese caso, puede usted ocupar mi palco. Así como así dejo hoy a París...

Involuntariamente hice un ademán de interés y curiosidad: él adivinó mis pensamientos, porque apretó mi mano entre las suyas y me dijo:

-Ya comprenderá usted que ese palco encierra para mi recuerdos queridos y muy crueles... que no puedo confiar a nadie... ¿De qué nos sirve quejarnos, cuando somos desgraciados sin esperanza... y cuando lo somos por nuestra propia culpa?

Aquella noche se verificó la primera representación de *Roberto*, y mi amigo Meyerbeer obtuvo un extraordinario triunfo que resonó en toda Europa. Desde entonces acá, ¿cuántos aconteci-

mientos literarios y políticos ha habido? ¿Cuántas reputaciones se han levantado, cuántas han perecido? Yo no volví a ver a Arturo; no volví a pensar en él, le olvidé enteramente.

Noches pasadas hallábame en la orquesta a la derecha del teatro. Esta vez no se ejecutaba el *Roberto* sino *Los Hugonotes*. Habían transcurrido cinco años.

-¡Qué tarde viene usted! - me dijo un amigo cate-drático de leyes, abonado en la Opera y que gastaba tanto humor por las noches como erudición por las mañanas.

-Y hace usted muy mal -añadió, dándome un golpecito en el hombro, un hombrecillo vestido de negro, de voz atiplada y empolvada peluca.

Volvíme y vi que era Baraton, el escribano de mi familia.

-¿Usted por aquí? -exclamé, - y la escribanía?

-Hace tres meses que la he vendido. Soy rico, viudo y tengo ya sesenta años: he estado veinte casado y he sido treinta escribano... Ya es tiempo que me divierta.

-...Y el señor - dijo el doctor en leyes, - hace ocho días que está abonado a la orquesta.

-En efecto, me gusta reírme... Soy aficionado a la comedia y he alquilado un asiento en la Opera.

-¿Por qué no en los franceses?

-No se divierte uno allí tanto como aquí... Aquí se oyen y ven las cosas más peregrinas del mundo. Estos señores lo saben todo, conocen todo... no hay aquí un palco cuya historia no me hayan referido.

Y miraba al catedrático de leyes que se sonreía con aquel aire modesto y reservado que pasa por discreto y que significa: «¡Oh, si quisiera bien podría contar otras muchas!»

-¿De veras? - exclamé, y maquinalmente mis ojos se dirigieron hacia el palco segundo que años antes había excitado tan vivamente mi curiosidad. ¡Cuál fue mi sorpresa al verlo aquella noche todavía vacío! Alegre entonces por tener también una historia que contar, referí en pocas palabras a mis oyentes la que acabo de relatar si bien con alguna más extensión.

Me escuchaban atentamente. Mis vecinos se perdían en conjeturas. El profesor trataba de reunir sus antiguos recuerdos; el escribanillo se sonreía malignamente.

-Pues bien. -, les dije, - ¿quién de ustedes, señores, que todo lo saben, que todo lo conocen, no dará la solución de este enigma? ¿quién nos contará la historia de ese palco misterioso?

Todo el mundo callaba... hasta el profesor que, pasando la mano por la frente como para recordar la anécdota, hubiera concluido, probablemente, por inventar una; pero el escribano no le dejó tiempo.

-¿Quién referirá a usted esa historia?... -exclamó con un aire de triunfo;- yo, que conozco todos sus detalles..

-¿Usted, señor Baraton?

-¡Yo mismo! ...

-Hable usted, hable usted.

Y todas las cabezas se inclinaron hacia el narrador.

-Hable usted, señor Baraton.

-¡Pues bien! - dijo él escribano dándose cierta importancia y tomando un polvo de rapé, - ¿quién de ustedes ha conocido...?

En este momento oyóse el primer preludio de la orquesta.

Y Baraton, que no quería perder una detuvo de sola nota de la introducción, se detuvo de repente y dijo:

-En el próximo entreacto.

II

-Señores - dijo el escribano en cuanto concluyó el primer acto de *Los Hugonotes*, -el entreacto debe ser largo y mientras se visten la reina Margarita y todas sus damas de honor, referiré a ustedes la historia que desean conocer.

Y después de haber sorbido lentamente un polvo de rapé, que le daba tiempo para reunir sus ideas, principió su narración en estos términos:

-¿Quién de ustedes, señores, ha conocido aquí a la niña Judit?

Todos quedaron mirándose; ninguno osaba responder.

¿La niña Judit que hará siete u ocho años fue admitida como bailarina de comparsa?

-¡Ah, sí! - dijo el doctor en leyes con cierta pedantería, - una rubita que hacía en la *Muda* uno de los pajes del virrey.

-Era morena - contestó el escribano;- respecto al empleo que usted le atribuye, no tengo ningún documento positivo y prefiero referirme a su basta erudición.

El doctor hizo una ligera inclinación de cabeza.

-Lo que por lo menos no admite réplica es que la niña Judit era encantadora.

-Otro punto que parece auténtico es que la señora Bonnivet, su tía, era portera, calle de Richelieu, en la casa de un antiguo criado de quien fue en otro tiempo confidente; otros decían que cocinera, pero la señora Bonnivet no convenía en ello. Por lo demás, desempeñaba perfectamente los menesteres de la casa, mientras que su sobrina hacía conquistas, porque era imposible pasar por delante de la portería sin mirar a la niña Judit, que apenas tenía entonces doce años. Pero, ¡oh! eran los ojos más hermosos del mundo, dientes como perlas, un talle divino, y con su vestido de indiana tenía el aire más distinguido que puede imaginarse, además, una fisonomía cándida, y, a pesar de su inocencia, expresiva y coqueta; finalmente era una de esas hermosuras capaces de trastornar el juicio y cambiar, como suele decirse, la faz de los imperios.

»La señora Bonnavet recibía tantos cumplimientos al cabo del día, sobre su linda sobrina, que determinó hacer algún sacrificio por su educación: la envió a una escuela gratuita de niñas donde aprendió a leer y escribir, educación brillante de cuyas ventajas no tardó en aprovecharse la misma señora Bonnavet, que en sus funciones de portera deletreaba con trabajo los sobres de las cartas y entregaba a un inquilino la carta de otro.

»Judit se encargó de este cuidado con satisfacción general, y persuadida entonces la señora Bonnavet de que con una figura y una educación tan distinguidas, su sobrina debía alcanzar sin trabajo una buena fortuna, no esperaba más que una ocasión, la cual no, tardó en presentarse. El señor Rosambeau, maestro de baile, que vivía en el quinto piso, propuso dar algunas lecciones a la niña Judit, y pocos días, después la señora Bonnavet decía a todas las porteras que conocía que su sobrina acababa de ser recibida en los coros de la Opera; noticia que se esparció rápidamente de puerta en puerta en toda la extensión de la calle de Richelieu.

»He aquí, pues, a Judit instalada en el teatro de la Opera, en la compañía de baile, aprendiendo sus lecciones de baile por las mañanas y apareciendo

por las noches inadvertida en los grupos de doncellas, náyades o pajes, como decía ahora mismo el señor doctor.

»Judit era la inocencia misma, aunque entonces tenía catorce años cumplidos; pero había sido educada en una casa honrada, cuyos inquilinos todos eran casados; su tía, excesivamente rigurosa, no se separaba de ella jamás; acompañábala al teatro por las mañanas, volvía a conducirla por las noches y aun se quedaba en el cuarto de las bailarinas haciendo calceta mientras que su sobrina lucía sus piruetas.

»Ustedes me preguntarán, sin duda, qué se hizo la habitación de la calle de Richelieu durante este tiempo.

»Eso es lo que yo no sabré decirles; aunque parece que una amiga de la señora Bonnivet se encargó interinamente de la portería, mientras que la niña Judit hacía fortuna. Porque ustedes saben como yo, señores, que nadie entra en el teatro de la Opera sino para hacer fortuna, para lograr una posición. Después de esto, retira usted a su hija, que ya es rica, y la casa usted con un agente de Bolsa. »

-O con un escribano...-dijo el doctor.

-Es verdad - añadió Baraton haciendo un gesto, - pero usted debe saber muy bien que ni la señora Bonilivet, ni su sobrina tenían entonces ideas de semejantes grandezas. En todas las cosas es necesario el progreso.

-¡Y Judit! -exclamé yo, viendo que se pasaba el tiempo y el entreacto avanzaba.

-Voy allá. La señora Bonnivet, a pesar de su vigilancia preventiva, no podía impedir a su sobrina que hablase con sus jóvenes compañeras. Por las mañanas, en el cuarto de las bailarinas y principalmente por las noches, cuando salían a la escena... limite terrible que no podía salvar la tía y donde se detenía su inspección vigilante... Judit ola entonces cosas singulares. Una de las ninfas o de las sílfides sus compañeras, le decía a media voz:

»-Ves, querida, en la orquesta, a la derecha, ¡cómo me mira!

»-¿Quién?

»-Ese buen mozo que tiene chaleco de casimir.

» -¿Y qué será eso?

»-Toma, una inclinación hacia mi.

»-¿Una inclinación? -preguntó Judit.

»-Sí, una inclinación: ¿de qué te admiras? Pues qué, tú que hablas, ¿no tienes alguna pasión?

»- ¡Oh, Dios mío! ¡no!

»-¿Habéis oído cosa más particular? Judit no tiene amante. Está divertida.

»-Ya se ve, como su tía no quiere...

»-En verdad, que si yo tuviera una tía como ésa...

»-¡Ah, querida! no hables mal de ella; porque es una mujer que tiene altas miras respecto a su sobrina. Figúrate que para preservarla del peligro de las pasiones le busca un protector.

»-¡Ella! ¡un protector!... Es demasiado tonta para eso; no lo hallará jamás.

»Todo esto se decía durante los coros de la *Vestal*. Judit no había perdido una sola palabra, y sin embargo, no se atrevía a pedir a nadie la explicación. Pero sin darse cuenta de ello, sentíase humillada por la idea que tenían de ella; hubiera querido vengarse y humillar también a su vez a sus amigas. Así es que la tarde en que al entrar la señora Bonnet tomó un aire grave y solemne para anunciar a su sobrina que iba a presentarle un protector distinguido, su primer movimiento fue un movimiento de alegría... y su tía, que estaba distante de esperar este efecto, mostróse satisfecha y continuó con acento y ademán de triunfo:

»-Sí, mi querida sobrina, una persona recomendable bajo todos conceptos, una persona que asegure tu felicidad y la suerte de tu tía, cosa muy justa seguramente después de los trabajos que le ha costado tu educación y los cuidados que te ha prodigado.

»Al llegar aquí, la señora Bonnivet se enjugó las lágrimas, y Judit, conmovida con su enternecimiento, se atrevió solamente entonces a preguntarle quién era ese protector y por qué había merecido tan alta protección.

»-Ya lo sabrás, hija mía; ya lo sabrás... Pero, entretanto, todas tus compañeras van a morir de envidia.

»Esta era la única cosa que deseaba Judit; y aquella noche, grande fue con efecto el rumor cuando circuló esta noticia en el cuarto de las bailarinas.

»-¿Es posible?

»-Yo te lo aseguro.

»-Esto no es creíble.

»-¡Habrás visto arrapiezo semejante! Feliz ella... ¡Una corista! mientras que yo... primera bailarina... ¡Oh! ¡Esto es insufrible!

»-¡Es admirable! - decían las otras.- Ya se ve, es tan linda...

»-¡Y tan virtuosa! ¡Bien lo merece!

»En fin jamás alianza de príncipe, jamás alianza regia dio tanto que hablar, ni lugar a tantas conjeturas; y, sin embargo, ya no era permitido dudar, porque en aquella misma noche la tía se había presentado entre bastidores con un magnífico chal de cachimira.

»¿Pero quién era ese protector desconocido? No podía ser otro sino algún hacendista viejo, algún gran señor muy respetable. Todas a porfía preguntaban a Judit y querían hacerla hablar. Pero todo era inútil: Judit era de una discreción impenetrable, por una razón muy sencilla, porque Judit nada sabía.

»Hacia tres o cuatro días que había dejado el cuartito de la portera para habitar con su tía una magnífica casa en la calle de Provenza. La alcoba era lindísima y del gusto más moderno, había un gabinete elegantísimo y ricamente alfombrado en el que la tía no osaba entrar permaneciendo por gusto en el comedor o en la cocina... allí estaba a sus anchas. Pero cuatro días habían pasado sin que Judit hubiese visto aparecer a nadie por su casa, cosa que le parecía muy singular. Porque, aunque sin educación, no carecía de talento. Su candor y sencillez provenían de ignorancia y no de, tontería; y recordando lo

que había podido comprender y adivinando parte de lo que no comprendía... principiaba a inquietarse y temer; a todo trance hubiera querido tener una amiga a quien pedir consejos... Pero sola, ¿qué protección podía implorar contra ese protector que no conocía -Y que, sin embargo, temía ya? Verdad es que a todas las ideas que anticipadamente se formaba, juntábanse siempre las de fealdad y vejez, tanto la habían repetido sus compañeras que el tal protector no podía ser otro que un viejo gotoso, lleno de achaques y contrahecho. Así es que la pobre niña tembló de pies a cabeza cuando en el quinto día vio entrar en el gabinete a su tía toda sobresaltada y sin aliento anunciando la visita del misterioso protector.

»Judit quiso levantarse por respeto... pero sus piernas, flaquearon y casi desvanecida dejóse caer en el canapé.

»Cuando al fin se atrevió a levantar los ojos , vio de pie delante de ella a un arrogante mozo de veinticuatro años poco más o menos, de fisonomía noble y distinguida que la miraba con ojos tan tiernos y amorosos, que al punto se creyó salvada. Parecíale que el que de esta suerte la miraba, debía defenderla y que con él nada absolutamente tenía que temer.

»-Señorita -le dijo el desconocido con voz grave pero respetuosa...

»En seguida, como notara que la tía estaba delante, le hizo señas de, que se marchara fuera... ésta obedeció al punto y se fue a dar las disposiciones necesarias para la comida.

»-Señorita, estáis en vuestra casa, deseo que estéis en ella contenta y seáis feliz. Perdonadme si no vengo con frecuencia a ofreceros mis respetos... mis muchas ocupaciones me privarán de este placer. Yo no reclamo más que un título... el de vuestro amigo; sólo un derecho... el de satisfacer vuestros menores deseos.

»Judit no respondió; pero su corazón, que latía con violencia, levantaba frecuentemente el ligero percal de su esclavina.

»-Por lo que hace a vuestra tía... -y pronunció esta palabra con cierto aire de desprecio... - ella será la que en adelante estará a vuestras órdenes; porque quiero que aquí seáis vos el ama y que todo el mundo os obedezca... principiando por mí.

»En seguida se aproximó a ella, le tomó la mano que llevó a sus labios y como notase que esta mano estaba todavía trémula, le dijo:

»-¿Es por ventura mi presencia la que os causa ese temor? Tranquilizaos, no volveré sino cuando me necesitéis... cuando me llaméis... Adiós, Judit... adiós, niña mía.

»Partió dejando a la pobre joven en una turbación que aun no conocía y que no podía explicarse. En todo el día no se separó de su imaginación la hermosa fisonomía del desconocido, ni sus grandes ojos negros tan expresivos. No había fijado en él la atención, y, sin embargo, nada se le había escapado; recordaba muy bien su gentil continente, sus maneras y hasta su mismo traje, creía oír todavía aquella voz tan dulce, cuyas palabras todas habían quedado grabadas en su memoria. La pobre Judit, que generalmente dormía perfectamente no pudo reconciliar el sueño aquella noche. ¡Esta era la primera! Al día siguiente se levantó pálida y ojerosa. Y la tía se sonreía.

»No se podía hablar del hermoso desconocido sin que el gracioso semblante de Judit se cubriese de un rubor repentino.

»¡Y la tía continuaba sonriéndose!

»¡Pero él no volvió a aparecer! No venía y Judit no podía decirle que viniese... En efecto, ¿qué había de pedirle? Tenía una habitación elegantísima, una

mesa abundante y bien servida, criados y un coche a sus órdenes... ¡¡Nada le faltaba más que él ... !!

»Por otra parte, sus compañeras de teatro al verla tan bella, tan brillante, cubierta de tan ricos adornos, no cesaban de preguntarla... Y sus preguntas enseñaban a Judit más de lo que quería saber; así que, no pudiendo explicarse a sí misma el motivo, guardó el más profundo silencio con su tía y sus amigas sobre lo que había pasado entre *ella* y *él*. Parecía, según lo que oía en torno suyo, que había en la conducta del desconocido alguna cosa que no era regular... algo humillante para ella y que por su honor no debía decir. Hubiérase muerto antes que hablar de él o quejarse; pero al octavo día... un día de gran representación, descubrió en el palco del rey a su desconocido que la miraba. Lanzó un grito de alegría y de sorpresa que hizo perder el compás a un bailarín que en aquel momento comenzaba una pirueta.

»-¿Qué es eso? - le dijo Natalia, una de sus compañeras que sostenía con ella una guirnalda de flores.

»-¡Es él... míralo...!

»-¡Es posible! el conde Arturo de V***, uno de los jóvenes y bizarros caballeros de la corte de Carlos X, y además, un buen mozo... ¡Oh! No tienes de

qué quejarte... ¡Pero no concibo por qué te sorprendes y te inmutas tanto por un hombre que ves todos los días!

»Judit nada oía; era demasiado feliz! Arturo acababa de saludarla con gran escándalo del palco dorado en que se hallaba; pero este escándalo subió de punto cuando después del baile, en el momento en que Judit se retiraba de la escena, se encontró entre bastidores a Arturo que en voz alta y delante del hombre que entonces disponía de los destinos de la ópera, le dijo:

»-¿Me permite usted, señorita, que la acompañe?

»-Con mucho gusto, éste es un gran honor para mí - contestó con voz trémula Judit, sin notar que su respuesta, excitaba la risa de sus compañeras.

»-En ese caso, dése usted prisa; aquí en el teatro la espero a usted.

»Inútil es decir que Judit no empleó mucho tiempo en desnudarse, fue tal su prisa que rasgó su vestido de gasa y su pantalón de seda, y la señora Bonnivet, que entonces hacía las veces de camarera (funciones privilegiadas de todas las madres y tías del teatro), la señora Bonnivet con mucho trabajo pudo seguirla por la escalera, llevando el chal que su sobrina se dejaba olvidado. Arturo se había quedado

en el teatro hablando con un grupo de jóvenes y con Lubert, el director, a quien recomendaba eficazmente a la señorita Judit. Apenas se presentó ésta, dirigióse a ella delante de todos, y los dos bajaron por la escalera particular de los actores. Un elegante coche los esperaba en la puerta; no puedo expresar a ustedes, señores, la turbación y el contento de la pobre Judit al verse sentada al lado de su protector en tan reducido espacio que hacía más íntima y dulce aquella entrevista. Temeroso Arturo de que su linda pareja se constipase, echó los cristales; tomó el chal que ella tenía en su mano, lo desdobló y cubrió con él sus blancas espaldas, su airoso talle y su corazón que latía, en aquel momento con una emoción desconocida. ¡Ah! ¡qué linda estaba Judit! ¡Qué seductora embellecida de este modo por la felicidad! Pero esta felicidad no fue de larga duración: ¡era tan corta la distancia que había desde la calle Grange-Batelière a la de Provenza, y luego corrían tanto los caballos! El coche paró, Arturo baja, ofrece la mano a su compañera, sube con ella la escalera y llegado que hubo al primer piso, a la puerta de su habitación, llama, la saluda respetuosamente y desaparece.

»Tampoco pudo dormir Judit aquella noche. ¡La conducta del conde le parecía tan singular! Porque, al fin, podía entrar en su casa, sentarse, hacerle una visita: es verdad que ella no estaba muy enterada de las reglas del buen tono, pero esto le parecía mucho más decoroso que despedirse de ella tan bruscamente.

»Repito que en toda la noche no cerró los ojos; se levantó, se paseó por su alcoba y apenas rayó el día, queriendo refrescarse con el aire puro de la mañana, abrió su ventana... ¡Cuál fue su sorpresa! el coche del conde había quedado, a la puerta había pasado toda la noche en la calle... Los caballos piafaban sobre el pavimento de frío y de impaciencia, el cochero dormía en el pescante ...

»-Perdonen ustedes, señores - dijo el escribano interrumpiéndose; - el acto comienza y no quiero perder ni una nota de la ópera; para esto estoy abonado... en el otro entreacto continuaremos.

III

-Al día siguiente abrió Judit su ventana muy temprano. El Coche del conde estaba todavía a la puerta.

»Era evidente que lo enviaba casi todas las noches. Pero, ¿con qué objeto? Esto era lo que no podía adivinar... En cuanto a pedirle explicaciones era pensar en lo excusado; jamás tendría valor para ello. Por otro lado, Judit no le veía sino muy raras veces, y la mayor parte de ellas por las noches en un palco segundo del teatro de la Opera que tenía alquilado por un año.

Ya no iba a verla entre bastidores, ni le proponía acompañarla. ¿Qué partido debería tomar?... ¿Qué haría para verle?

»Decidióse a escribir al conde para decirle que tenía que hacerle una pregunta y le suplicaba se sirviese pasar por su casa. Esta carta no era fácil de escribir; así es que Judit empleó en ella un día entero: la principió muchas veces y por lo menos hizo veinte borradores, de modo que llenó con ellos sus bolsillos, su ridículo y probablemente dejaría caer alguno, que no faltó quien lo recogiera, porque por la noche en el teatro fue grande la algazara que se armó entre algunos jóvenes actores y los abonados de leí orquesta, gente toda de buen humor, hablando de una cierta carta sin ortografía que acababan de encontrarse y que pasaban de mano en mano. ¡Cuánta alegre exclamación! ¡cuánta punzante burla! ¡cuántos comentarios satíricos se hicieron sobre aquel malhadado billete sin firma, cuyo autor no conocían, pero que querían insertar al otro día en un periódico, como modelo del género epistolar de la Sevigné del baile!

»¡Cuáles, pues, no serían el temor y el suplicio de Judit, no precisamente porque era el blanco de todas aquellas invectivas sino porque tal vez el conde se burlaría también de su carta que a costa de su sangre hubiera querido recuperar! Así es que la infe-

liz sintióse más muerta que viva cuando Arturo entró al día siguiente en su gabinete.

»-Aquí estoy, mi querida Judit, ya veis que he sido puntual a la cita que me habéis dado en vuestra carta. - Y la fatal, la terrible carta veíase en su mano. - ¿Qué me queréis?

»-Lo que yo quiero, señor conde... no sé cómo decíroslo... pero ese mismo billete... que habéis leído... si es que habéis podido leerlo...

»-Perfectamente - respondió el conde con una ligera sonrisa.

»-¡Ah! - exclamó Judit con cierto, aire de tristeza, - ese mismo billete os prueba que soy una pobre muchacha sin educación, sin talento, que se avergüenza de su ignorancia, y que quisiera salir de ella... pero, ¿cómo lo lograría... si no viniese a ayudarme con vuestros consejos y vuestra protección?

»-¿Qué queréis decir?

»-¡Dadme maestros, y veréis si me falta aplicación! ¡veréis cómo aprovecho sus lecciones! ...Trabajaré de día y de noche.

»-¿De noche?

»-Vale más emplearla en estudiar que en no dormir.

»-¿Y por qué no dormís?

»-¿Por qué? - dijo Judit ruborizada;- porque tengo aquí una idea que me atormenta sin cesar.

»-¿Y qué idea es ésta?

»-La que debéis haber formado de mí... Debéis despreciarme, mirarme como indigna de vos... y tenéis razón -prosiguió vivamente,- me veo tal como soy... me conozco... y quisiera, y quisiera, si fuera posible, no avergonzarme a vuestros ojos y a los míos.

»El conde la miró como sorprendido y le dijo:

»-Os obedeceré, querida mía; haré todo cuanto me pedís.

»Al día siguiente ya tenía Judit un maestro de ortografía, de historia y de geografía. Era de ver el entusiasmo con que estudiaba; Y su juicio, su talento natural que sólo necesitaban. cultura, se desarrollaban con una rapidez increíble.

»En un principio había amado al estudio por Arturo, después amó el estudio por él mismo. Este era su más dulce pasatiempo, su consuelo y el olvido de todos sus pesares. Ya no iba a la sala de baile ni a los ensayos; consentía ser multada para quedarse en su casa trabajando, y sus compañeras decían:

»-Judit no piensa más que en sus amores: ya no se la ve por aquí; va a perder su suerte; ¡qué mal hace!

»Y Judit redoblaba sus esfuerzos diciendo:

»-Pronto seré digna de él, pronto verá que estoy en estado de comprenderle y podrá juzgar de mis adelantos.

»Vana esperanza; cuando el conde la visitaba, Judit, avergonzada y tímida, perdía la memoria; todo lo olvidaba. Si le preguntaba acerca de sus estudios, contestaba al revés y el conde decía para sí:

»-La pobre niña tiene buenos deseos, pero poca facilidad.

»Lo único que había ganado con su nueva ciencia era conocer que no podría menos de parecerle tonta y ridícula. Este pensamiento la hacía más tímida y torpe, y sofocaba los sentimientos de aquella alma tan candorosa y tierna. El conde, que conocía esto mismo, procuraba economizar todo lo posible sus visitas. De vez en cuando solía hacerle media hora de compañía por las noches; pero siempre se retiraba al dar las doce... Entonces, sin dirigirle una reconvención, Judit le preguntaba solamente con voz dulce e inquieta:

»-¿Cuándo volveré a veros?

»-Yo os lo diré por señas mañana en el teatro.

»Y he aquí cómo.

»Cada dos días concurría a uno de los palcos segundos frente al escenario, y cuando podía pasar al siguiente día algunos instantes con Judit, llevaba al descuido su mano derecha a la oreja; esto quería decir: «iré a la calle de Provenza».

»Entonces Judit lo esperaba todo el día; a nadie recibía y hasta procuraba alejar a su tía para consagrarse todo el placer de verle.

»A pesar de la reserva del conde, Judit había hecho un descubrimiento, a saber, que éste sentía algún pesar profundo que le devoraba. ¿Y cuál era este pesar? Ella no se atrevía a preguntárselo; y, sin embargo, ¡hubiera sido tan feliz con poder afligirse con él! ... No osaba esperar esta felicidad, pero participaba de sus penas sin conocerlas; estaba triste con su tristeza. El conde por su parte solía decirle con, frecuencia:

»-Judit, ¿qué tenéis? ¿Cuáles son vuestros pesares?...

» Si hubiera tenido valor, habría contestado:

»-Los vuestros.

»Un día ocurrióle una idea horrible, y dijo para sí asustada:

»-¡El ama a otra! sí, sí, estoy segura, ama a otra. Pero, entonces, ¿por qué toma una querida en el teatro?... Como capricho... como objeto de moda... como un juguete que ha comprado sin verlo... sin conocerlo... Pero, entonces, ¿por qué?...

»Levantó los ojos, fijólos en un espejo y vio que era tan joven, tan fresca, tan linda... Y quedó sumergida en sus reflexiones.

»La puerta de su gabinete se abrió bruscamente. Arturo se presentó, tenía cierto aire de turbación que jamás ella le había visto.

»-Señorita - le dijo vivamente, - es preciso que os vistáis al punto; vengó para acompañaros a las Tullerías.

»-¿Es posible?

»-Sí, el tiempo está hermoso; hace un sol magnífico. Todo París estará hoy en el paseo.

»-¿Y os dignáis llevarme? - exclamó Judit llena de sorpresa, porque jamás el conde había salido con ella, jamás le había dado el brazo en público.

»-Con mucho gusto... os acompañaré delante de todo el mundo y por el paseo principal, por donde haya más gente contestó el conde paseándose con agitación.- Vamos, señora Bonnivet -dijo bruscamente a la tía que entraba en aquel momento en el

gabinete,- vestid al punto a vuestra sobrina; dadle lo más elegante que tenga, lo más nuevo, lo más rico.

»-G racias a Dios y al señor conde no nos faltan lindos adornos.

»-Está bien, está bien... despacháos, porque tenemos prisa.

»-Vamos, vamos, el señor conde tiene prisa - dijo la señora Bonnivet, apresurándose en desnudar a su sobrina.

»Judit, ruborizada, le hizo señas de que Arturo estaba delante.

»-¿Qué importa? Pues no faltaba más sino que gastáramos cumplimientos con el señor conde.

»Y antes qué Judit hubiera podido oponerse, ya estaba desabrochado el corsé.

»La pobre niña, turbada y fuera de sí, no sabía cómo substraerse de las miradas de Arturo.

»Pero, ¡ay! su pudor se tomaba un cuidado muy inútil: Arturo no miraba; abismado en una idea que parecía excitar su cólera y enojo, paseábase a largos pasos por el gabinete y acababa de tropezar con un jarrón de porcelana que hizo en dos mil pedazos.

»-¡Ah, qué desgracia! - exclamó Judit, olvidando en aquel momento el desorden de su vestido.

»-¡Qué lástima! un jarro de porcelana del Japón -añadió la tía, poseída del mayor desconsuelo,- que ha costado lo menos quinientos francos.

»-No lo siento por lo que vale, sino porque me lo había regalado él.

»-¡Y bien! ¿Estáis ya lista? - preguntó Arturo que no había oído aquella reflexión.

»-Al momento estoy... Tía, mi chal. mis guantes...

»-Y vuestra manteleta -dijo Arturo,- ¿no la lleváis? Mirad que vais a tener frío.

»-No, no tengo frío.

»-En efecto - dijo la tía cogiendo la mano de su sobrina, - está abrasando. ¿Si tendrás calentura? En ese caso, no debe salir.

»-No, tía mía - exclamó al punto Judit; - jamás me he sentido mejor:

»No tardaron en verse en la calle los dos amantes; subieron en el coche y atravesaron juntos los *boulevards*, sí, juntos, a la mitad del día. Judit estaba loca de alegría; hubiera querido que todo el mundo la viese... Y para colmo de entusiasmo, descubrió en la calle de la Paz a dos de sus compañeras que saludó con toda la amabilidad y gracia que da la felicidad... dos primeras bailarinas que aquel día iban a pie.

»El coche se paró a la entrada de la calle de Révoli. Judit se agarró del brazo del conde, y los dos se internaron por el paseo de la Primavera. Era un día de trabajo, en que toda la población parisiense rica y, ociosa sale a paseo; la concurrencia era inmensa.

»En un momento, Arturo y su pareja fueron el objeto de la atención general. Eran tan hermosos los dos, que no podían menos de fijar las miradas de todos. No había uno que al pasar no volviera la cabeza, diciendo:

»-¿Qué pareja es ésta tan linda?

»-Es el joven conde de V***.

»-Pues qué, ¿se ha casado?

»Judit temblaba a esta palabra, experimentando una sensación de placer y de pena, que no sabía explicar.

»-No - dijo con aire desdeñoso una señora sexagenaria, que llevaba en sus brazos un perrito de Viena, y que era seguida por dos criados vestidos con ricas libreas, - no, por cierto; el conde Arturo no se ha casado; monseñor, su tío, no lo consentiría.

»-¿Pues quién es esa muchacha tan linda?... ¿su hermana tal vez?

»-Le injuriáis... es su querida... una bailarina del teatro de la Opera... según creo.

»Afortunadamente, Judit no oyó el discurso de la sexagenaria porque en aquel momento el barón de Blangy, que estaba detrás de ella, decía a su hermano:

»-¡Esta es la linda Judit!

»-¿Aquella de quien está enamorado Arturo?

»-La misma... está perdido por ella... se está arruinando.

»-Con razón; de buena gana estaría yo en su lugar; ¡mira qué linda es!

»-¡Qué aire tan distinguido! ¡qué fisonomía tan encantadora!

»-¡Y qué talle tan elegante y gracioso!

»-¡Calla! ¿a que también vas a enamorarte de ella?

»-Si ya lo estoy. Ven, ven a verla más de cerca.

»-Si es que podemos; porque, ¡es tanta la gente que se agolpa para verla!

»Y la multitud repetía todas aquellas palabras, y Arturo las oía... Las jóvenes, al ver el aire modesto de Judit, le perdonaban el que fuese tan bonita, mientras que contemplando los jóvenes con ojos envidiosos a Arturo, se decían: «¡qué feliz es!»

»Por la primera vez entonces miró el conde a Judit como merecía ser mirada. Y llenóse de admiración al encontrarla tan hermosa. El paseo, el aire

libre, y sobre todo la felicidad de oír los elogios que de su hermosura hacían las gentes, habían animado sus mejillas con un brillo nuevo y dado a sus ojos una expresión y un encanto indefinibles; además, tenía diez y seis años, amaba, parecíale que era amada... ¡qué más razones para estar bonita! Y, en efecto, el triunfo de Judit fue completo, inmenso. La multitud no la abandonó hasta que subió al coche. Al observar entonces que Arturo fijaba en ella una mirada llena de ternura, todos sus triunfos se desvanecieron delante de este último; olvidó los elogios de la multitud y entró en su casa diciendo:

»-¡Qué feliz soy!

»Al siguiente día, en cuanto se levantó Judit, recibió dos cartas. La primera era del barón de Blangy, que, mucho más rico que Arturo, le ofrecía su amor y su fortuna. Judit no tuvo ni aun remota intención de enseñar esta carta a su tía o a Arturo. Creía que en quemarla no hacía el menor sacrificio.

»La segunda carta tenía otra firma, que Judit leyó dos veces, no pudiendo creer a sus ojos. Sin embargo, no le era permitido dudar, estaba firmada por el obispo de ***, y concebida en estos términos:

»Señorita:

»Os habéis presentado públicamente ayer en las Tullerías con mi sobrino el conde Arturo y colmado de esta suerte la medida de un escándalo cuyas consecuencias son incalculables.

»Aunque por la impiedad de los hombres, Dios ha permitido que todo esté trastornado, tenemos los medios de castigar vuestra audacia. Os declaro, pues, señorita, que si no ponéis fin a semejante escándalo, ejerzo bastante influencia sobre el Gobierno para expulsaros del teatro. Si, por el contrario, abandonáis inmediatamente a mi sobrino, os ofrecemos, porque el fin santifica los medios, dos mil luises y la absolución de vuestras faltas, etc., etc.

»Judit quedó en un principio anonadada al leer esta carta, pero poco a poco recobró su valor, consultó a su corazón, reunió todas sus fuerzas, y escribió la siguiente contestación:

»Monseñor:

»Me tratáis con demasiada crueldad y, sin embargo, puedo poner a Dios por testigo de que nada he hecho que pueda avergonzarme. Así es la verdad, os lo juro... pero no me envanezco de ello, porque todo el mérito está de parte de aquel que me ha respetado y atendido.

» Sí, monseñor, vuestro sobrino está inocente de las faltas de que le acusáis, y si he podido ofender al Cielo amándole con toda mi alma, si éste es un crimen, yo sola soy la culpable, pues Arturo ni aun es cómplice de él.

»He aquí la resolución que he pensado adoptar:

»Le diré lo que por mí jamás me hubiera atrevido a decirle; pero lo haré por vos, monseñor... y el Cielo me dará fuerzas...Le diré: Arturo, ¿me amáis? Y si, como creo, me responde: «no, Judit, no os amo»,os obedeceré, monseñor; me alejaré de él, no volveré a verle más, y entonces espero que me estimaréis lo bastante para no ofrecermé nada y para no agregar la humillación a la desesperación. Esta última... bastará para morir.

»Pero si el Cielo, si mi ángel custodio, si la felicidad de toda mi vida quisiesen que me respondiera: «Os amo»... ¡ah! entonces, conozco que es una cosa mala lo que voy a deciros y que me colmaréis de maldiciones con justo titulo; pero tened entendido, monseñor, que en este caso no habrá poder en el mundo que me impida ser suya y sacrificarlo todo por él... Arrostraré hasta vuestra cólera... porque, después de todo, ¿qué podría ella? hacerme morir; ¿y qué me importaría morir, si había sido amada?

»Perdonadme, monseñor, si esta carta ha podido ofenderos... es de una pobre muchacha sin conocimiento del mundo y de sus deberes; pero que tal vez hallará alguna indulgencia a vuestros ojos, en la ignorancia de su alma, en la franqueza de su corazón y sobre todo en el profundo respeto con el cual tiene el honor de ser, monseñor, etc.»

»Escrita esta carta, la cerró Judit, la envió sin hablar a nadie palabra, y decidida desde aquel momento a conocer su suerte, esperó con impaciencia la próxima visita del conde.

»En la noche de aquel día debía bailar en el teatro; con efecto apenas se presentó en las tablas, miró cuidadosamente a los palcos segundos por sí le hacia Arturo la señal convenida.

»Pero Arturo fue aquella noche al teatro muy tarde y parecía sombrío y meditabundo. No miró siquiera al escenario y no hizo seña alguna a Judit, con lo cual se retiró desesperada y llena del mayor desconsuelo.

»En la mañana de aquel día, llegó el lacayo del señor conde, anunciando que su amo estaba muy ocupado y que pasaría aquella noche bastante tarde para cenar con la señorita Judit.

»Cenar con ella frente a frente, esto jamás había sucedido con él, que la abandonaba siempre antes de medianoche. ¿Qué, querría decir esto? La tía, sin embargo, veía la cosa muy clara; Judit no quería comprenderla.

»A las once de la noche hallábase dispuesta ya la cena más fina y delicada, merced a los cuidados de la señora Bonnivet. Por lo que hacía a Judit nada veía, ni escuchaba, porque sólo esperaba.

»¡Esperaba! todas las facultades de su alma se cerraban, se reasumían en esta idea...

»Pero las once y las doce habían dado ya y Arturo no parecía.

»Pasóse así toda la noche; y ella esperaba todavía.

»Y el día siguiente y otros muchos transcurrieron sin que Arturo pareciese... ¡Judit no recibió noticia alguna, no volvió a verle más!

»¿Qué significaba esto? ¿Qué le habría sucedido?»

-Señores - dijo el escribano interrumpiéndose, - levantan el telón; la continuación en otro entreacto.

IV

-Señores -dijo el escribano apenas concluyó el acto tercero de *Los Hugonotes*, - adivino la curiosidad que tienen ustedes por averiguar qué casta de pájaro era éste.

- ¡Si hubiera usted principiado por ahí!... - dije yo.

-Yo soy dueño de colocar mi exposición donde más me acomode, porque, al fin, yo soy el que refiero. Y, además, que no es el teatro de la Opera donde es menester mostrarse muy severo respecto a exposiciones, que nadie oye.

-Lo que frecuentemente es una gran felicidad para los autores de libretos - añadió el escribano mirándome; y satisfecho de su epigrama, continuó en estos términos:

-El conde Arturo de V*** descende de una familia muy antigua e ilustre del Mediodía. Su madre, viuda desde muy joven, no tuvo más hijo que él y no poseía bienes; pero tenía, un hermano que gozaba de una inmensa fortuna.

»Este hermano, monseñor el abate de V***, había sido sucesivamente en la corte de Luis XVIII, y después en la de Carlos X, uno de los prelados de más influencia, y sabido es cuánto era en aquella época el poder del clero, poder que gobernaba a la Francia, al soberano y hasta el ejército. El abate de V*** era de un carácter frío, severo y egoísta, pero muy buen pariente, porque ambicionaba para sí y para los suyos. El mismo se encargó de la educación de su sobrino, lo puso en contacto con lo principal de la corte, logró que devolvieran a su hermana parte de los bienes confiscados, y la pobre condesa de V*** murió bendiciendo a su hermano y encargando a su hijo la más ciega obediencia hacia él.

»Arturo, que adoraba a su madre, le juró, en sus últimos momentos, hacer todo lo que querían, juramento tanto más fácil de cumplir cuanto que desde su infancia tenía un miedo cerval a monseñor, su tío, y estaba ya habituado a someterse sin resistencia a sus menores caprichos.

»Grave, dulce y tímido, pero lleno de energía y honor, Arturo había experimentado siempre una viva inclinación a la carrera de las armas, al uniforme y a las charreteras, tal vez también porque en el palacio de su tío no veía más que sotanas y sobrepellices. Un día se atrevió, aunque con gran reserva, a dar parte de sus intenciones a monseñor que frunció el entrecejo y le anunció con voz firme y decidida que tenía otras miras respecto de él.

»El abate V*** había sido nombrado obispo y esperaba todavía más, porque tenía fundados motivos para aspirar al capelo de cardenal, y en tan favorable posición, quería traer a su lado a su sobrino y elevarlo a las más altas dignidades de la Iglesia; en una palabra, hacerle abrazar la única carrera que entonces conducía rápidamente, a los honores y al poder.

»Arturo no se atrevía a resistir abiertamente al terrible ascendiente de su tío, pero juró interiormente no ser jamás obispo.

» Sin embargo, había hablado al rey, que acogió este proyecto con visibles muestras de benevolencia; Arturo debía, dentro de pocos meses, entrar en el seminario, sólo por mera fórmula, para recibir las

órdenes y pasar rápidamente de los grados inferiores, a los primeros puestos de su nuevo estado.

»No había olvidado Arturo los juramentos hechos a su madre, y por otro lado, hubiera sido a los ojos de todos una insigne ingratitud el chocar abiertamente con su tío, su único pariente y bienhechor.

»No atreviéndose a declarar la guerra al temible prelado y oponerse directamente a sus intenciones episcopales, buscó algún medio para llegar al mismo fin y para obligar al abate a renunciar voluntariamente a sus designios. Para lograr este objeto no había más remedio que armar un buen escándalo que le hiciera indigno de las santas y respetables funciones, que querían conferirle contra su voluntad.

»Esto, sin embargo, no era fácil, porque Arturo, ora fuese debido a su natural carácter o su educación., tenía un fondo de delicadeza y honradez que no podía vencer. No es libertino todo el que quiere: necesitase para este estado cierta vocación como para los demás: Arturo hallaba tanta dificultad en ser malo como en ser obispo.

»Pero algunos amigos condescendientes y llenos de las mejores disposiciones, tomaronse el cuidado,

sólo por hacerle un servicio, de llevarlo a sus alegres orgías. Arturo iba a ellas por cálculo... pero el desorden le disgustaba, su carácter glacial enfriaba la locura de sus compañeros y concluía frecuentemente por hacerlos juiciosos; era generalmente conocido como un turba-funciones, y había renunciado a ellas.

»Entonces dirigió sus visuales a otra parte y decidióse a cortejar a las damas de la corte. Pero en la corte de aquella época las damas huían del ruido y del escándalo, no porque hubiese menos intrigas que otras veces, sino porque sabían ocultarlas mejor; y el obispo, aunque advertido de las silenciosas pasiones de su sobrino, afectó no saber nada y resolvió cerrar los ojos, opinando, probablemente, como Moliére.

»Que no peca quien en silencio peca.

»¿Qué partido, pues, quedaba entonces, a ese pobre Arturo, que corría detrás del escándalo como otros corren detrás de la gloria, sin poder alcanzarlo? Pero no faltó un amigo franco, libertino, que le sacara de este apuro, diciéndole:

»-Toma una querida en el teatro de la Opera; este teatro se ha hecho de moda, todo el mundo va a él;

tus amores se harán públicos, meterán ruido, y esto es todo lo que necesitas.

»- ¡Yo!- dijo Arturo ruborizándose de indignación,- ¡fraguar semejante intriga!

»-No es preciso que la fragües tú; todo eso se arregla con las familias, y una vez concluido el tratado, no se hará más que lo que tú quieras; no es menester que te enamores de veras, basta que se crea y lo publiquen las cien trompetas de la fama.

»-Aprobado.

»-Tendrás el título; esto es suficiente; ya sabes que en nuestros días... hay muchos titulares que no ejercen... serás uno de tantos.

»-Corriente; estoy conforme.

»Ya he dicho a ustedes, señores, los detalles de la presentación y primera entrevista de Judít, de Arturo y de su tía.

»Se arregló el asunto de manera que llegase a noticia de monseñor el obispo. Este, sin embargo, nada dijo.

»Sabía que casi todas las noches el coche de su sobrino estaba estacionado en la calle de Provenza; Arturo esperaba de un día a otro una explicación y una escena que tendría por resultado decaer de la gracia de su tío; pero ni una sola reconvención oyó,

y Arturo no sabía cómo explicarse aquella sangre fría y aquella resignación evangélica.

»Era la calma precursora de la tempestad.

»Monseñor, al fin, le dijo una mañana:

»-El rey está muy irritado contigo; ignoro el motivo.

»-Yo lo adivino.

»-Pues yo no quiero saberlo. Su Majestad te ha perdonado, pero exige que dentro de dos días entres en el seminario.

»- ¿Yo, tío...?

»-Estas son las órdenes del rey, si quieres reclamar, acude a Su Majestad.

»Y le volvió las espaldas.

»Furioso y fuera de sí, Arturo, no sabiendo qué partido tomar, corrió a casa de Judit, la llevó a las Tullerías, hizo pública ostentación de sus amores delante de todo París, y precisamente la víspera de partir para el seminario. Aquella vez logró meter ruido, y, por tanto, era imposible, después de semejante escándalo, pensar, al menos en mucho tiempo, en hacerle abrazar la carrera eclesiástica. Esto era todo cuanto Arturo apetecía. Monseñor escribió a Judit la carta amenazadora que ya hemos visto y el

rey envió al conde la orden de salir de París en el término de veinticuatro horas.

Era preciso obedecer. Afortunadamente, Arturo era íntimo amigo de uno de los hijos del señor Bourmont, que debía marchar en la noche siguiente para Argel, para donde se preparaba una importante expedición. Arturo le suplicó que le llevase consigo en calidad de voluntario, y que nada dijese ni al rey, ni a su tío.

»-Supuesto que se me deja la libre elección del lugar de mi destierro - díjose así mismo, - yo lo escogeré glorioso. Iré adónde haya peligro y honor. Me matarán o seré uno de los primeros que den el asalto, y cuando regrese con una bandera, veremos si todavía persisten en que lleve hopalandas y eche la bendición a los fieles.

»Salió de noche de la ciudad con el mayor sigilo, porque todos sus pasos eran observados, y temía que si adivinaban el objeto de su viaje, le impedirían marchar. Escribió cuatro letras a Judit para, prevenirle solamente que se separaba de ella por algunos días; pero este billete, a pesar de ser tan insignificante, fue interceptado y no llegó a su destino. El prefecto de policía estaba a las órdenes de monseñor.

»En la mañana siguiente, Arturo surcaba los mares y a los veinte días de navegación desembarcó en Africa. Fue uno de los primeros en el asalto del fuerte del emperador y fue herido al lado de su intrépido amigo Bourmont, que cayó mortalmente herido en medio de una victoria. Largo tiempo estuvo en peligro Arturo; por espacio de dos meses se desesperó de su vida, y cuando volvió en sí, su fortuna, sus esperanzas, las de su tío, todo había desaparecido en tres días con la monarquía de Carlos X.

»El obispo no pudo resistir semejante desastre; enfermo y atormentado, había querido seguir a la desterrada corte, pero no le fue posible. La impaciencia, la cólera continua que experimentaba, había exaltado su cerebro e inflamado su sangre, declaróse, al fin, una fiebre peligrosa, y en el estado de irritación en que se hallaba, no sabiendo sobre quién descargar el peso de su cólera, tomó en su sobrino venganza de la revolución de julio.

»Restablecido apenas de su herida, llegó Arturo a París, y aquí, es, señores -dijo el escribano levantando la voz, - donde principio a entrar en escena. El señor conde pasó a mi casa para contarme los asuntos de la sucesión, de los cuales aún no le permitía su estado ocuparse. Hacía mucho tiempo que

era yo escribano suyo y de su familia, de consiguiente me pertenecía de derecho: procedimos, pues, desde luego, a romper los sellos.

»No hablaré a ustedes de los pormenores del inventario, aunque un inventario bien hecho y dirigido es cosa de mucho mérito; anotando por su orden los papeles que hallamos en la gaveta de monseñor, vi un billete timbrado satinado y que tenía por firma *Judit, bailarina del teatro de la Opera*. ¡La carta de una bailarina en casa de un obispo! ... de buena gana, por honor del clero, la hubiera hecho desaparecer; pero Arturo se había apoderado de ella y al ver su turbación, creí por un instante, Dios me perdone este mal pensamiento, que monseñor y su sobrino habían sido rivales sin saberlo.

»-¡Pobre niña! ... ¡pobre niña!... -decía Arturo... - ¡Qué nobleza! ¡qué generosidad! ¡oh! ¡qué tesoro poseía en ella! ... tomad, señor... tomad, leed - me dijo; y cuando leí aquella frase:

»Si he podido ofender al Cielo amándole con toda mi alma, si éste es un crimen, yo sola soy la culpable, pues Arturo ni aun es cómplice de él.

»-Es cierto - exclamó Arturo con los ojos preñados de lágrimas; - ella me amaba con toda su alma, y yo no lo conocí, ni pensé amarla... y tenía diez y seis

años y era encantadora... porque no sabéis, señor, cuán linda es... es la más linda de todas las mujeres de París.

»-No lo dudo, señor conde ... Pero si queréis que acabe el inventario ...

»-Como gustéis...

»Y continuó leyendo en voz alta los fragmentos de la carta:

«Pero si el Cielo, si mi ángel custodio, si la felicidad de toda mi vida quisieran que él me respondiera: «Os amo»... ¡ah! entonces conozco que es una cosa mala lo que voy a deciros y que me colmaréis de maldiciones con justo título; pero tened entendido, monseñor, que en este caso no habrá poder en el mundo que me impida ser suya y sacrificarlo todo por él.»

»-Y yo he despreciado... he rechazado semejante amor - exclamó Arturo. - ¡Oh! Yo solo soy el culpable... pero yo repararé mis faltas, yo le consagraré toda mi vida... os lo prometo, os lo juro. Y ahora, ¿quién podrá vituperarme mi pasión? ¿Quién puede impedirme que confiese el objeto de mi cariño?... ¡estoy envanecido con tener semejante querida! ¡sí, la amo, no tengo inconveniente en decirlo a todo el mundo, y todo el mundo me la envidiará.... princi-

piando por vos, señor escribano, que no me oís... y que miráis con tanta atención ese fárrago de papeles!

»Aquellos papeles... eran el testamento de su tío que acababa de encontrar, testamento que le desheredaba y que disponía de la inmensa fortuna del difunto a favor de los hospicios y para fundaciones piadosas.

»Así se lo dije a Arturo, que no manifestó la menor alteración y se puso a leer de nuevo la carta de Judit.

»-Veréis, señor escribano, veréis a mi hermosa amante -me dijo;- quiero que comáis con ella hoy mismo.

»-Pero estos papeles... este testamento...

»-¡Y bien! - me dijo sonriendo,- esos papeles no me pertenecen; felizmente, Judit me amará sin necesidad de la herencia... Adiós, señor, adiós; voy a verla, voy a encontrar a su lado mucho más de lo que he perdido.

» Y salió llevando pintado en su semblante el placer y la esperanza.

»-¡Qué hombre tan raro! -exclamé,- ¡una querida le consuela de la pérdida de una herencia!

»Y concluí mi inventario.

»Algunas horas después estaba de vuelta en mi casa. Vi entrar a Arturo como un loco, como un hombre delirante.

»-¡No está! - me dijo, - ¡no está! ¡La he perdido! ...

»-¡Cómo! ¡Alguna infidelidad!

»- ¿Quién os lo ha dicho? - exclamó al punto agarrándome del cuello.

»-Yo no sé nada.

»-¡Eso es otra cosa; porque, si no, no podría sobrevivir! Después de mi marcha, hace tres meses, ha desaparecido, ha abandonado el teatro.

»-¿Qué os han dicho sus compañeras?

»-Mil sandeces. Las unas dicen que ha sido robada, otra me aseguraba con la mayor sangre fría que Judit tenía intenciones de suicidarse.

»-¡Es posible! Desde la revolución de julio se ha hecho moda el suicidio.

»-No digáis eso... perdería el juicio. He corrido a su casa de la calle de Provenza, la ha dejado sin decir a dónde iba.

»-¿Pero no hay indicio alguno?

»-El cuarto que ella habitaba se alquila. Nadie ha vivido en él desde que Judit lo dejó.

» ¿Pero no habéis encontrado nada?

»-¡Nada! Solamente, en la alcoba de su tía, tirado en el suelo... este sobre que dice: *A la señora Bonnivet, en Burdeos...* Porque recuerdo que ella era de ese país.

»-¿Y de qué os sirve ese papel?

»-¿De qué? Encargaos aquí de mis negocios, arregladlos como os parezca.

»-¿Pero qué pensáis hacer?

»-Seguir sus, huellas o las de su tía... buscarla, descubrirla.

»-¿Delicado como estáis, queréis poneros en camino mañana para Burdeos?

»-¡Mañana es demasiado tarde!

»Y marchó aquella misma noche. Y...

Aquí principió el cuarto acto de *Los Hugonotes*: el escribano ya no hablaba; solamente oía. .. Y nos es preciso esperar el otro entreacto para la continuación de la historia.

V

El señor Nourrit, acababa de saltar por la ventana, la señorita Falcon acababa de desmayarse: el cuarto acto de *Los Hugonotes* concluía entre el ruido de los aplausos., y el escribano continuó su relación en estos términos:

-Arturo permaneció seis meses en Burdeos, buscando, preguntando a todo el mundo por la señora Bonnivet, de cuyo paradero nadie le daba noticias. Publicó su nombre en los periódicos: la pobre mujer hubiera muerto de placer si se hubiese visto en letras de molde... Pero esto ya no le era posible. El propietario de una casita, en la cual había aquélla vivido, dio a Arturo las noticias que pidiera por medio de los papeles públicos. La señora Bonnivet había muerto hacia ya dos meses.

»-¿Y su sobrina?...

»-No estaba con ella; pero la tía gozaba de una posición muy decente, pues tenía cien meses de renta vitalicia.

»-¿De dónde le venía esta fortuna?

»-Se ignora.

»-¿Hablaba de su sobrina?

»-Algunas veces pronunciaba su nombre... y en seguida se interrumpía como si temiera revelar un secreto que debía guardar.

»A pesar de sus exquisitas diligencias, nada más pudo averiguar Arturo, por lo que llegó a perder totalmente las esperanzas y se volvió a París. Desde que perdió a Judit, desde que se vio separado de ella para siempre, la inclinación que antes experimentaba por ella convirtiéndose en amor, en una pasión verdadera y llegó a ser su único asunto y la sola ocupación de su vida. Recordaba con amargura los escasos momentos que había pasado a su lado; veíala en su imaginación tan linda, tan ricamente ataviada y tan enamorada... Y todos estos bienes que le habían pertenecido, los había despreciado, no conociendo su valor, sino después de haberlos perdido para siempre. Recorría todos aquellos sitios

donde la había visto, y concurría, diariamente, al teatro de la Opera.

»Quiso habitar la casa de la calle de Provenza, pero ¡oh, dolor! durante su ausencia la había alquilado un extranjero que no la ocupaba. Quiso verla al menos; pero el portero no tenía las llaves, y las puertas y persianas permanecieron constantemente cerradas.

»Ya deben ustedes inferir, señores, que, consagrado exclusivamente Arturo a su amor y a sus pesares, no pensaría siquiera en sus asuntos, cosa que me inquietaba no poco, porque veía que éstos tomaban un aspecto muy serio. Desheredado por su tío, Arturo no poseía otros bienes que los de su madre que le producían quince mil libras de renta; pero de éstos había ya disipado la mitad en las locuras que había hecho en otro tiempo por Judit y en los gastos que después tuvo que hacer para descubrir su paradero, porque no reparaba en derrochar para este objeto.

»Al más ligero indicio expedía emisarios en todas direcciones y sembraba el oro a manos llenas... aunque siempre sin resultado; así es que el infeliz me repetía sin cesar que Judit ya no existía... ¡que indudablemente habría muerto! En nuestras entrevistas,

aunque tuviesen por objeto ventilar sus asuntos, no me hablaba sino de ella y yo de la necesidad de vender y liquidar. Al fin, aunque con mucho trabajo, pude decidirle al mayor sacrificio para él, a vender los bienes que había heredado de su madre... Pero era preciso... Debía cerca de doscientos mil francos, y los intereses que tenía que pagar hubieran consumido pronto el resto de su fortuna.

»Fijáronse, pues, los carteles; insertáronse los competentes avisos en los diarios, y la víspera del día en que debía celebrarse la venta en mi escribanía, recibí de uno de mis compañeros una comunicación que me llenó de sorpresa y alegría. La suerte se había cansado de perseguir al pobre Arturo.

»Un tal de Courval, hombre de una probidad equívoca, y deudor a su madre de una suma considerable, solicitaba solventar su deuda; el capital y los intereses ascendían a cien mil escudos; la deuda era muy real y muy exigible, y mi compañero me remitía los fondos en buenos billetes de Banco. No había, pues, para que dudar ya de semejante felicidad. Corrí a anunciársela a Arturo, que recibió esta noticia sin placer ni pena.

»Desde que no oía hablar de Judit, todo le era indiferente. Yo, entretanto, me apresuré a hacer el

finiquito, a pagar a nuestros acreedores y levantar la hipoteca a nuestros bienes: todo iba a pedir de boca; salvo un incidente, difícil de explicar.

»Arturo encontró un día a ese viejo señor de Courval que acababa de pagarnos con tanta nobleza. Comúnmente vivía en un pueblo de provincia y hallábase casualmente en París. Arturo le alargó la mano y le dio las gracias por su proceder, en el momento mismo en que éste se excusaba con cierto embarazo de las infinitas desgracias que le ponían en la imposibilidad de cumplir con sus acreedores.

»- ¡Cómo! ¿y acabáis de pagarme cien mil escudos?

»-¡Yo! ...

»-Ya no tengo contra vos crédito alguno; todos están cancelados; nada me debéis.

»-¡Eso no es posible!

»-¡Podéis ver a mi escribano!

»El deudor, que ya no lo era, corrió a mi casa, y luego que se hubo cerciorado de la verdad quedóse estupefacto.

»-Mejor para vos -le dije.

»-Mucho mejor para el señor Arturo... -me respondió con aire triste,- porque yo tenía ya tomado mi partido... ¡No pudiendo pagar, es lo mismo que

si no debiera; y este acontecimiento no me hace más rico; pero él... -¡Esto ya es muy diferente ... El puede estar contento porque ha adquirido la felicidad cuando menos se pensaba.

»-Conque, según eso, ¿es cierto que ignoráis de dónde pueda provenir ese dinero que se ha dado en vuestro nombre?

»- Que me emplumen si sé una palabra; por lo demás, no me daría cuidado que todas mis trampas se arreglasen de ese modo.

»-Pues qué, ¿debéis todavía más?

»-Cerca del doble de lo que he pagado, o, por mejor decir, de lo que han pagado por mí; y si se presentase alguno para continuar la liquidación, os suplico que me aviséis.

»-Seréis servido.

»Nuestra sorpresa creció de punto y Arturo se impacientaba porque no podía descifrar este enigma. Yo pasé inmediatamente a ver a mi compañero, hombre honrado ... muy instruido, que no sabía más que yo... en este negocio, se entiende... Habíanle enviado los fondos con la prevención de que se cancelaran los créditos. Me confió la carta de remisión que llevé a Arturo. Este la examinó detenidamente, pero nada sacó en limpio por el pronto. La carta

estaba fechada en el Havre, ciudad de la residencia del señor de Courval. La letra, que no era la suya, nos era totalmente desconocida... Pero Arturo lanzó un grito de sorpresa y se quedó pálido como la muerte al ver el sello partido por la mitad: era el de Judit. Habíale regalado en cierta ocasión una piedra antigua y preciosa en la que había mandado grabar un Fénix. Lejos de ver en este presenté una alusión o un elogio, Judit no había visto en él más que un emblema de tristeza, y había hecho grabar alrededor estas palabras: *Siempre solo*. Nunca había abandonado este sello, y semejante divisa, insignificante para cualquiera otro, y para ella tan expresiva, no podía pertenecer más que a Judit.

»-Esta carta viene de ella - exclamó Arturo; y la dejó caer de sus manos trémulas.

»-Pues bien, ya estáis seguro de que existe y que piensa en vos... ya estaréis contento.

»Arturo, estaba furioso. Hubiera querido mejor que hubiese muerto.

-¿Por qué se oculta? exclamaba- ¿Por qué, sabiendo donde yo estoy, teme verme y se esconde? ¿Se ha hecho, acaso, indigna de presentarse a mis ojos? ¿No me ama ya? ¿Me ha olvidado?

»-Esta carta - le dije - prueba lo contrario.

»-¿Y con qué derecho - replicó Arturo, - me hace estos beneficios? ¿De dónde proceden estas riquezas? ¿Quién le ha dado audacia para ofrecérmelas? ¿Y desde cuándo me cree bastante vil para aceptarlas? No las quiero; es menester devolverlas.

»-¿A quién?

»-No me importa... Las rechazo.

»-No hay duda que haríais una buena cosa en rechazarlas, cuando, gracias a los cien mil escudos están pagadas todas vuestras deudas y tenéis vuestros bienes libres de toda carga.

»-Venderéis mis bienes, realizaréis esta suma, a la cual jamás tocaré y permanecerá depositada en vuestra casa... hasta que vayan a recogerla.

»- ¡Y el estado de fortuna en que os hallaréis entonces!

»-¡Poco me importa! A pesar de su infidelidad, no me arrepiento de haberme arruinado por Judit... pero ser enriquecido por ella, es una humillación que no puedo soportar.

»Y a pesar de mis esfuerzos, a pesar de todas mis exhortaciones, llevó a efecto su resolución. Los bienes fueron vendidos, y muy bien vendidos, gracias al aumento sucesivo de las fincas; los primeros trescientos mil francos se depositaron en mi escribanía,

y quedaron a Arturo, por toda fortuna, seis mil libras de renta.

»Así vivió durante dos años, queriendo ahuyentar un recuerdo que le perseguía sin cesar; sombrío y melancólico, evitaba todo motivo de placer o distracción, y absolutamente podía entregarse al trabajo o al estudio; yo, entretanto, no podía menos de lamentar el imperio que ejercía tan cruel pasión sobre un hombre de talento y de tan distinguido carácter. Casi todos los días iba a verme con objeto de olvidar a Judit, y el resultado era que no sabía hablarme de otra cosa.

»Ya no la amaba, decía, la odiaba; hubiera huido al cabo del mundo antes que volver a verla, e involuntariamente le llevaban sus pasos a todos aquellos sitios que le hablaban de ella y le recordaban su memoria.

»Un día, o más bien una noche, hallábase en un baile de máscaras en este mismo teatro, donde jamás entraba sin una grande emoción. Solo, a pesar de la multitud... *siempre solo* (porque entonces era él quien, había tomado la divisa de Judit), paseábase silenciosamente en medio del ruido... en el mismo sitio, donde tantas veces le había visto bailar... después, deslizándose por los corredores, subió lenta-

mente a ese segundo palco de enfrente donde en tiempos más felices se sentaba todas las noches y desde donde le hacía la señal de sus inocentes entrevistas.

»La puerta del palco estaba abierta. Una mujer disfrazada con un elegante dominó estaba en él sola y parecía sumergida en profundas reflexiones. Al ver a Arturo quiso levantarse y salir... pero, pudiendo apenas sostenerse, se apoyó en uno de los costados del palco y dejóse caer en su silla. Su turbación no pudo menos de llamar la atención de Arturo, que se aproximó a ella inmediatamente y le ofreció sus servicios.

»Ella, sin responderle, los rehusó haciendo una señal con la mano.

»-El calor os habrá sofocado - le dijo con una emoción que no podía reprimir, -debéis quitaros por un momento esa careta...

»La máscara volvió a hacer una señal negativa y se contentó, para refrescarse, con echarse atrás la capucha del dominó que cubría su frente.

»Arturo vio entonces unos hermosos cabellos negros que caían en bucles sobre sus espaldas. De este modo se peinaba Judit... Aquel aire gracioso, aquel talle tan fino y elegante era el suyo... aquéllas

eran sus maneras, su ademán, aquel encanto visible y penetrante que se adivina y no puede pintarse...

»La máscara se levantó al fin...

»Arturo lanzó un grito sintiendo también a su vez la turbación que poco antes experimentaba la dama del dominó... pero reuniendo pronto todas sus fuerzas, le dijo a media voz:

»- ¡Judit... Judit! ... ¡sois vos!

»La máscara hizo ademán de salir.

»-¡Quedaos, quedaos, por Dios! ¡dejadme que os diga que soy el más desgraciado de los hombres porque os he despreciado cuando merecíais todo mi amor!

» ¡Ella temblaba!

»-Sí, lo merecíais entonces... sí, erais digna de los homenajes y de las adoraciones de toda la tierra, y, sin embargo, tan insensato como soy os amo todavía, no amo más que a vos, y os amaré siempre... aun ahora mismo que me habéis sido infiel... que me habéis engañado.

»La máscara quiso responder; la palabra expiró en sus labios,... pero llevó la mano a su corazón como para justificarse.

»-Y si no es así, ¿cómo me explicáis vuestra ausencia, y sobre todo vuestros beneficios? ... esos

beneficios de que me he avergonzado por vos y que he rechazado. Sí, Judit, no los quiero, yo no quiero más que a vos y vuestro amor; y si es cierto que no me habéis olvidado, que me amáis todavía... ¡venid! ... ¡seguidme! Es menester amarme para seguirme... porque ahora no tengo riquezas que ofreceros... ¡Ah! vaciláis... no me respondéis... ¡Comprendo vuestro silencio!... Adiós, adiós para siempre.

»Arturo iba a salir del palco, pero Judit lo detuvo agarrándole por la mano.

»- ¡Hablad, Judit, hablad por Dios!

»La pobre muchacha no podía remediarlo; los sollozos ahogaban su voz.

»Arturo se arrodilló a sus plantas; nada le había dicho ella... pero lloraba, y parecía que se había justificado.

»-¡Vos me amáis todavía... ! No amáis a nadie más que a mí. ..

»-Sí - le contestó Judit alargándole la mano.

»-¿Podré creerlos...? ¿dónde están las pruebas? ¿quién me las dará?

»-El tiempo.

»-¿Qué debo hacer?

-Esperar.

»-¿Y qué prenda me dais de vuestro amor?

»Judit dejó caer el ramo de baile que llevaba en la mano, y mientras que Arturo se bajaba para cogerlo, se lanzó al corredor y desapareció.

»El la siguió algunos instantes, la vio desde lejos entre la multitud; pero, detenido él mismo por las oleadas de las máscaras, al fin la perdió de vista... Después creyó encontrarla de nuevo... Sí... sí... era ella. Arturo siguió sus huellas y en el mismo instante que llegó al vestíbulo, Judit entró precipitadamente en un magnífico coche que dos hermosísimos caballos arrastraron al galope.

»Señores - dijo el escribano interrumpiéndose, - ya es muy tarde; yo me acuesto temprano, y si ustedes me lo permiten, dejaremos para pasado mañana el fin de la historia.

VI

El martes siguiente había ópera; nosotros estuvimos todos en la orquesta, puntuales a la cita, y el escribano no llegaba. Ejecutábase *Roberto*, y esta función me recordaba mi primera entrevista con Arturo. Yo traía principalmente a memoria su tristeza y distracción, y opinaba que el mismo Meverbeer, a saber, el motivo que la originaba, le hubiera perdonado de buena gana el que no hubiese oído el sublime terceto de *Roberto*.

Pero, ¿en aquel momento se hallaba Arturo mejor dispuesto a apreciar la buena música? ¿Era más feliz? ¿Había, al fin, hallado o perdido a su Judit?

Ignorábamos todavía los obstáculos que los separaban; y nuestra impaciencia por conocer el fin de la historia aumentábase mucho más con la ausencia

del historiador. Este llegó después del segundo acto, y jamás actor querido del público, jamás bailarín que vuelve a presentarse en las tablas después de tres meses de licencia, tuvo más brillante entrada que el escribano...

- ¡Ahí está!

-Venid, amigo mío.

- ¡Cómo tan tarde!

-Vengo de un banquete y de asistir a un contrato... digo asistir... porque ya no ejerzo, he vendido mi escribanía, y gracias a Dios, no debo nada a nadie...

-Excepto a nosotros.

-Nos debéis un desenlace...

-La historia de Judit...

-Os hemos guardado vuestro asiento, sentaos.

Sentáronse todos y el escribano acabó de esta manera la historia de Judit:

-Recordarán ustedes, señores, que por despedida dijo a Arturo: *esperad...* Pues bien, durante muchos días esperó con la mayor paciencia una carta o alguna cita.

»-La veré - decía, - volverá; así me lo ha prometido.

»Pero los días y las semanas pasaron sin que Judit volviera.

»Seis meses transcurrieron de este modo; después un año, luego dos años. Arturo me causaba lástima y más de una vez temí que perdiera el juicio. La escena del baile de máscaras le había afectado vivamente... Momentos había en que, acordándose de aquella Judit que había encontrado sin verla, que se le había aparecido sin manifestarle sus facciones, creía hallarse bajo el dominio de alguna fascinación. Su cabeza, debilitada por las cavilaciones, le persuadía que aquello era un sueño... una ilusión; y casi llegó a dudar de lo que había visto y oído. Cayó gravemente enfermo y en el delirio de la fiebre veía a Judit, que se le aparecía por la última vez y le daba el postrimer adiós; imposible me sería decir a ustedes todas las frases tiernas y apasionadas que le dirigía. Judit era su solo pensamiento, su idea fija... Este era el tormento que sin cesar le abrumaba.

»Nuestros cuidados le volvieron a la vida - pero permaneció sombrío y melancólico, y exceptuándome a mí a nadie más veía. Nunca quiso tocar el dinero que guardaba de Judit, y su fortuna, como ya he dicho, a ustedes, consistía sólo en seis mil libras de renta; pero de éstas había empleado cuatro mil

en el abono anual de un palco en el teatro de la Opera... ese mismo palco segundo donde pasó con Judit la noche del baile de máscaras. A él iba todas las noches como si Judit hubiese de volver... como si esperase verla allí mismo... y después, cuando perdió esta esperanza, ya no tuvo valor ni fuerzas para entrar en él: veíase allí solo, *siempre solo* (su eterna divisa), y esta idea le molestaba sobremanera. De vez en cuando solía venir a la orquesta, miraba tristemente hacia el palco de Judit y en seguida se marchaba diciendo: No está...

»He aquí a lo que estaban reducidas todas las ocupaciones de su vida; y excepto algunos viajes que hacía de vez en cuando, siempre animado de la esperanza de obtener noticias de Judit o algunos indicios sobre su suerte, siempre estaba en París y no había noche que voluntaria o involuntariamente no se dirigiesen sus pasos al teatro de la Opera: y yo, con objeto de no perderlo nunca de vista, me aboné también por un año.

»La semana pasada vino al teatro; se sentó en la orquesta, no en este lado sino en el otro. Aquella noche, totalmente desanimado, volvía la espalda al público, y sumergido en sus reflexiones nada veía, ni escuchaba.

»Algunas ruidosas aclamaciones le arrancaron, sin embargo, de su meditación.

»Una dama joven, de notable hermosura y ricamente ataviada, acababa de entrar en un palco, y toda la artillería de anteojos se dirigió a ese lado.

»No se oían más que estas palabras:

»-¡Qué bonita es! ¡Qué, aire tan gracioso y distinguido!

»-¿Qué edad le echa usted?

»-De veinte a veintidós años.

»-¡Qué, no puede tener arriba de diez y ocho!

»-¿Sabe usted quién es?

»-No, señor; es la primera vez que viene al teatro... lo sé, porque soy abonado.

»Otras muchas personas de las que estaban allí presentes tampoco la conocían.

»Pero, no lejos de ellos, un extranjero de distinción inclinó la cabeza respetuosamente y saludó a la hermosa dama.

»Inmediatamente todos le preguntaron su nombre.

»-Es lady Inggerton, la esposa de un rico par de Inglaterra.

»- ¡De veras! ... ¡tan linda y tan rica!

»-Y se dice que ella no tenía nada... que era una muchacha pobre que en una desesperación amorosa quiso tirarse al río... y que hallada y recogida por el viejo duque, que la trató como a su hija...

»-Es una verdadera novela.

»-¡Oh! no todas concluyen tan bien; porque el viejo que le había tomado cariño y que ya no podía pasarse sin ella, quiso, según dicen, casarse con ella para dejarle su fortuna... Lo que, en efecto, ha hecho.

»- ¡Diablos! ... Si es viuda... es un excelente partido... Pero calla, está mirando hacia este lado.

»-Usted se equivoca - contestó el extranjero.

»-No, a fe mía... no me equivoco... que lo diga el señor .

»Y se dirigió a Arturo que nada había oído y que se vio en la necesidad de explicar lo que acababa de decirse.

» ¡Arturo alzó los ojos! y en el palco segundo de enfrente... en aquel palco que en otros tiempos fue el suyo, distinguió...

» ¡Ah! nadie muere de sorpresa y alegría... puesto que Arturo existió todavía... puesto que sentía los redoblados latidos de su corazón... puesto que tuvo fuerzas para decir «¡Ella es...! ¡Es Judit!» Pero al

mismo tiempo permanecía inmóvil... no se atrevía a moverse, como si temiese despertar.

»-Señor, señor - le dijo el que estaba a su lado, - ¿usted la conoce?

»Arturo nada respondió; porque en aquel instante las miradas de Judit se habían encontrado con las suyas... Había visto brillar en sus ojos la alegría y el placer. Pero su delirio creció de punto cuando vio la mano de Judit, aquella mano tan blanca y tan linda, levantarse lentamente a la altura de su oreja, e imitando la señal que en otro tiempo le hacía Arturo, jugar por algunos instantes con los pendientes de esmeralda que él mismo le había regalado.

» ¡Esta vez creyó volverse loco! Volvió la vista, escondió la cabeza entre sus manos y permaneció así algunos minutos como para convencerse de que no era aquello una ilusión, para repetirse que estaba vivo todavía, y, por último, que era Judit la que acababa de ver... En seguida, cuando estuvo bien seguro de que no soñaba, levantó otra vez la vista hacia ella ... La visión celestial había desaparecido ... ¡Judit ya no estaba en el palco... !

»Un frío mortal recorrió todos sus miembros. Una mano de hierro le apretaba el corazón... Pero recordando en seguida lo que acababa de ver... y de

oír... sí, porque ella le había hablado... ella le había hecho una señal... abandonó bruscamente su asiento... salió del teatro y corrió como un loco por la calle diciéndose :

»-Si esta vez me engaño... si todavía es una ilusión... o pierdo el juicio o me mato...

»Y decidido a morir, se dirigió entonces fríamente hacia la calle de Provenza. Llamó a la puerta que no tardó en abrirse... y temblando preguntó:

»-La señorita Judit..

»-La señora está en casa - contestó tranquilamente el portero.

»Arturo lanzó un grito y tuvo que apoyarse en el pasamanos de la escalera para no caerse.

»Subió al primer piso, atravesó todas las habitaciones y abrió la puerta del gabinete.

»Estaba amueblado como otras veces... Hacía ya seis años...

»La cena que había encargado antes de su partida estaba allí todavía, y servida la mesa donde se veían dos cubiertos.

»Y Judit, sentada en un canapé, le dijo en cuanto entró:

»-Muy tarde viene usted, amigo mío.

»Y le alargó la mano.

»Arturo se arrojó a sus pies ... »

Aquí se detuvo el escribano.

-¿Y bien...? - exclamó todo el auditorio. - Acabe usted.

El escribano se sonrió y dijo:

- ¡Arturo no me ha contado más! ... Por otra parte, aunque tuviera que contarles, no podría, porque principia el tercer acto de *Roberto*, y ya saben ustedes que no me gusta perder una sola nota de su hermosa música.

-¡No importa, acabe usted!

-Pero; ¿qué más quieren ustedes que les diga?... Vengo de comer con ellos... he firmado el contrato.

-¿Según eso, se han casado al fin?

-Así es la verdad, Judit lo ha querido.

-¡Por última sorpresa, sin duda!

-Tal vez le reserva otra todavía.

-¿Cuál.? - preguntó vivamente el catedrático de leyes.

-Nada sé... - respondió el escribano sonriéndose, pero se asegura que el viejo duque, su marido, no la llamaba jamás con otro nombre que con el de: *mi hija*.

En aquel momento se abrió el palco segundo que ya conocen nuestros lectores: Judit apareció en

él envuelta en su capa de armiño y apoyada en el brazo de su amante, ¡de su marido! ...

Y un solo grito partió al punto de los bancos de la orquesta,:

- ¡Qué linda es ella!

- ¡Qué dichoso es él!

FIN